

Acabo este libro en la primavera de 1800. Al llegar al término de mi primera carrera, se abre ante mí la carrera del *escritor*; de hombre privado, voy a ser hombre público: saldré del asilo virginal y silencioso de la soledad, para entrar en la encreujada manchada y ardiente del mundo: la luz del Mediodía va a iluminar mi vida fantástica: la luz va a penetrar en el reino de las sombras. Dirijo una mirada amorosa a estos libros que encierran mis horas sin cuento; me parece que doy un eterno adiós a la casa paterna; abandono los pensamientos y las quimeras de mi juventud, como a hermanas, como amantes, que dejo en el hogar doméstico para no verlas jamás.

Tardamos cuatro horas en ir de Douvres a Calais. Yo me introduje en mi patria a favor de un nombre extranjero: doblemente oculto en la obscuridad del suizo La Sagne y en la mía, abordé la Francia con el siglo.

Dieppe y París, 1836.

Revisado en diciembre de 1846.

RESIDENCIA EN DIEPPE. — DOS SOCIEDADES. — ESTADO DE MIS MEMORIAS. — AÑO DE 1800. — VISTA DE FRANCIA. — LLEGO A PARÍS. — MI VIDA EN PARÍS. — CAMBIO DE LA SOCIEDAD.

Sabéis que bastantes veces he cambiado de lugar escribiendo estas *Memorias*; que continuamente he descrito esos lugares, he hablado de los sentimientos que me inspiraban, y he trazado mis recuerdos, enlazando así la historia de mis juicios y de mis hogares errantes con la historia de mi vida.

Ya veis dónde habito ahora. Esta mañana, paseándome por las rocas, a la espalda del castillo de Dieppe, he visto la poterna que comunica con ellas por medio de un puente arrojado sobre un foso. La señora de Longueville había huído por allí de la reina Ana de Austria; se embarcó furtivamente en el Havre, y saltando en tierra en Rotterdam, se dirigió a Stenay, al lado del mariscal Turenne. Los laureles del gran capitán no eran inocentes, y la burlona desterrada no trataba muy bien al culpable.

La señora de Longueville, descendiente de la casa Rambouillet, del trono de Versalles, y de la municipalidad de París, se apasionó del autor de las *Máximas*, y le fué tan fiel como ella podía ser.

La princesa de Condé, momentos an-

tes de expirar, dijo a la señora de Brienne: «Mi querida amiga: escriba a esa pobre miserable, que se halla en Stenay, el estado en que me ve usted, y que aprenda a morir.» Hermosas frases; pero la princesa olvidaba que ella misma había sido amada de Enrique IV; que, conducida a Bruselas por su marido, ella había querido reunirse al bearnés, *escaparse por la noche por la ventana, y andar después treinta o cuarenta leguas a caballo*; ella era entonces una *pobre miserable* de diez y siete años.

Al bajar de la roca, me encontré en el camino real de París, que asciende rápidamente al salir de Dieppe. A la derecha, sobre la línea de un ribazo, se levanta la pared de un cementerio; a lo largo de la tapia había colocado un torno de hilar; dos cordeleros, que andaban hacia atrás y se balanceaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra, cantaban juntos a media voz. Escuché, y estaban en esta copla del *Viejo cabo*, hermosa mentira poética que nos ha traído donde estamos:

Qui là-bas sanglote et regarde?
Eh! c'est la veuve du tambour, etc., etc.

Estos hombres pronunciaban el estribillo: *Conscriptos al paso, no lloréis... Marchad al paso, al paso*, con un tono tan patético y varonil, que las lágrimas asomaron a mis ojos. Marcaban el paso, y al devanar el cáñamo parecía que hilaban el último momento del viejo cabo: yo no sabría explicar el efecto que me causaba esta gloria de Béranger; solitariamente realzada por dos hombres que cantaban a la vista del mar la muerte de un soldado.

La roca me ha recordado una grandeza monárquica, el camino, una celebridad plebeya: comparé con el pensamiento los hombres de las dos extremidades de la sociedad, y me he preguntado a cuál de estas épocas hubiera querido pertenecer. Cuando el presente haya desaparecido como el pasado, ¿cuál de estas dos famas atraerá más miradas de la posteridad?

Y, sin embargo, si los hechos fueran todo, si el valor de los nombres no contrapesase en la historia el valor de los acontecimientos, ¿qué diferencia entre mi época y la que transcurrió desde la muerte de Enrique IV hasta la de Mazarino! ¿Qué son las revueltas de 1648 comparadas con esta revolución, que ha devorado al antiguo mundo, que lo matará quizás, no dejando tras de sí ni vieja ni nueva sociedad? ¿No tenía yo que pintar en mis

Memorias cuadros de una importancia mayor que las escenas referidas por el duque de La Rochefoucauld? En Dieppe mismo, ¿qué es al lado de la duquesa de Berry, el negligente y voluptuoso idolo de París, seducido y rebelde? Ya no se oyen los cañonazos que anunciaban al mar la presencia de la viuda real; la adulación del humo y de la pólvora sólo ha dejado sobre la costa el mugido de las olas.

Las dos hijas de Borbón, Ana Genoveva y María Carolina, se han retirado; los dos cordeleros de la canción del poeta plebeyo se abismaron. Dieppe no me posee ya; era otro *yo*, un *yo* de mis primeros días ya pasados, el que habitó en otro tiempo estos sitios, y este *yo* ha sucumbido, porque nuestros días mueren antes que nosotros. Aquí me habéis visto, siendo subteniente del regimiento de Navarra, enseñar reclutas en los pedregales; me habéis visto desterrado en tiempo de Bonaparte; me volveréis a encontrar cuando las jornadas de julio vengán a sorprenderme. Heme aquí todavía; cojo de nuevo la pluma para continuar mis confesiones.

A fin de reconocernos, será conveniente echar una ojeada sobre el estado de mis *Memorias*.

Me ha acontecido lo que acontece a todo el que trabaja en grande escala; primero he levantado los pabellones de las extremidades; después, mudando aquí y allá mis andamios, he subido la piedra y el cimiento de las construcciones intermedias. Si el cielo me concede vivir, terminaré el monumento de mis diversos años; el arquitecto, siempre el mismo, habrá cambiado solamente de edad. Por otra parte, es un suplicio conservar intacta su inteligencia, encerrada en una envoltura material gastada. San Agustín, sintiendo que se deshacía su barro, dijo a Dios: «Servid de tabernáculo a mi alma»; y a los hombres: «Cuando me hayáis conocido en este libro, rogad por mí.»

Entre el principio y fin de estas *Memorias*, median treinta y seis años. ¿Cómo anudar con algún ardor la narración de un asunto lleno en otro tiempo de pasión y de fuego, cuando no viven ya las personas de las que he de ocuparme, cuando se trata de despertar efigies heladas en el fondo de la eternidad, de bajar a una fosa fúnebre, para representar allí la vida? ¿No estoy yo mismo casi muer-

to? ¿No cambiaron mis opiniones? ¿Veo yo los objetos desde el mismo punto de vista? Estos acontecimientos personales que me perturbaban tanto, y los acontecimientos generales y prodigiosos que los han acompañado o sucedido, ¿no han perdido importancia a los ojos del mundo y a los míos? Todo el que prolonga su carrera siente enfriarse sus horas, ya no encuentra al día siguiente el interés de la víspera. Cuando rebusco, hay nombres y hasta personajes que escapan a mi memoria, y, no obstante, quizás habían hecho palpar mi corazón: ¡vanidad del hombre olvidadizo y olvidado! No basta decir a los pensamientos y a los amores: «¡Renaced!» para que renazcan; la región de las sombras no se puede abrir más que con la rama de oro, y se necesita una mano joven para cortarla.

Aucune venants des Lares patries.

(RABELAIS.)

Encerrado ocho años en la Gran Bretaña, yo no había visto más que el mundo inglés, tan diferente, sobre todo en aquella época, del resto del mundo europeo. A medida que el paquebot de Douvres se acercaba a Calais, en la primavera de 1800, mis miradas se dirigían a la costa. Cuando llegamos al muelle, los gendarmes y los aduaneros subieron al puente y registraron nuestro equipaje y los pasaportes.

La señora Lindsay nos esperaba en la posada; al día siguiente marchamos con ella hacia París, la señora d'Aguesseau, una joven parienta suya, y yo. En el camino apenas veíamos hombres: mujeres ennegrecidas y escuálidas, labraban los campos: se las podía tomar por esclavas. Yo me debía haber admirado de la independencia y de la virilidad de este pueblo, en el cual las mujeres manejaban el arado y los hombres el mosquete. Parecía que el fuego había atravesado por las aldeas; estaban miserables y medio derruidas; por todas partes lodo y polvo, humo y escombros.

A derecha e izquierda del camino se veían castillos arruinados: de sus bosques arrasados apenas quedaban algunos troncos. Se veían las paredes de los cercados agujereadas, iglesias abandonadas, cuyos muertos habían sido exhumados, torres sin campanas, cementerios sin cruces, con santos sin cabezas, apedreados en sus nichos. Sobre las murallas se leían estas inscripciones republicanas, ya envejecidas: *Libertad, igualdad, fraternidad*.

dad, o la muerte. Algunas veces habían intentado borrar la palabra *muerte*; pero las letras negras o encarnadas reaparecían debajo de una capa de cal. Esta nación, que parecía próxima a disolverse, comenzaba una vida nueva, como esos pueblos que salieron de las tinieblas de la barbarie y de la destrucción de la Edad Media.

Augusto de Lamoignon salió a recibir a la señora Lindsay; su elegante equipaje contrastaba con las pesadas carretas, las sucias y destartadas diligencias, arrastradas por caballos matalones enganchados con cuerdas, que yo había visto desde Calais. La señora Lindsay vivía en los Ternes. Me apeé en el camino de la Révolte, y me dirigí a pie, al través de los sembrados, a casa de mi huésped. Veinticuatro horas permanecí en su casa; un señor grueso, llamado Lasalle le servía para arreglar los asuntos de los emigrados. Hizo saber a Fontanes mi llegada; quien al cabo de cuarenta y ocho horas me fué a buscar a un cuartito que la señora Lindsay me había tomado en una posada inmediata a su casa.

Era domingo: hacia las tres de la tarde entramos a pie en París por la barrera de la Estrella. No podemos forjarnos una idea de la impresión que los excesos revolucionarios habían hecho en los espíritus en Europa, y principalmente entre los hombres ausentes de Francia; me parecía que iba a bajar a los infiernos.

Avanzando con mi nombre supuesto, y persuadido de que comprometía a mi amigo Fontanes, oí, con cierta admiración, al entrar en los Campos Elíseos, sonidos de violín, de trompa, de clarinete y de tambor; vi personas que bailaban en diferentes grupos; y más allá se me presentó el palacio de las Tullerías en medio de sus arboledas. La plaza de Luis XV se hallaba desnuda; tenía la ruina, el aire melancólico y abandonado de un viejo anfiteatro; se pasaba por allí de prisa; me sorprendía no oír gemidos; temía poner el pie sobre sangre, de que no hubiera ya señales; mis ojos no podían separarse del sitio donde se había levantado el instrumento de muerte; zafia ver, atados a la máquina sangrienta, a mi hermano y mi cuñada; allí había caído la cabeza de Luis XVI.

El señor de Fontanes vivía en la calle de San Honorato, cerca de San Roque. Fuimos a su casa, me presentó a su mujer, y me condujo en seguida a casa de su amigo señor Joubert, donde encontré

un abrigo provisional, y donde fui recibido como un viajero de quien se ha oído hablar.

Al día siguiente me presenté a la policía con el nombre de La Sagne a entregar mi pasaporte, y tomar otro, para permanecer en París, permiso que renovaba de mes en mes. Al cabo de algunos días adquirí un entresuelo en la calle de Lille, al lado de la calle de Saints-Pères.

Tenia conmigo *El Genio del Cristianismo* y las primeras hojas impresas en Londres. Me dirigieron al señor Mignoret, hombre digno, que consintió en encargarse de proseguir la impresión, y en darme adelantado algo para vivir. Nadie conocía mi *Ensayo sobre las Revoluciones*, a pesar de lo que me había escrito el señor Lemiere. Desenterré al viejo filósofo Delisle de Sales, que había publicado recientemente su *Memoria en favor de Dios*, y me dirigí a casa de Ginguéné. Vivía éste en la calle Grenelle-Saint-Germain, cerca del hotel del buen La Fontaine. Aun se leía en el cuarto del conserje: *Aquí nos honramos con el título de ciudadano, y se tutea a todo el mundo. Cierra la puerta, si quieres.* Subí; el señor Ginguéné, que apenas me reconoció, me habló, desde lo alto de su grandeza, de todo lo que era y había sido. Yo me retiré humildemente, y no procuré anudar relaciones tan desproporcionadas. Conservaba siempre en el fondo del corazón los recuerdos y los sinsabores de Inglaterra; había vivido tanto tiempo en aquel país, que había contraído sus hábitos; no podía acomodarme a la suciedad de nuestras casas, a nuestro ruido, a nuestra familiaridad, a la indiscreción de nuestra hablada; era inglés en la forma, en el gusto, y hasta cierto punto en pensamientos; porque si, como se cree, lord Byron se inspiró con *René* alguna vez en su *Childe-Harold*, también es cierto que ocho años de residencia en la Gran Bretaña, precedidos de un viaje a América, que un largo período de hablar, de escribir, y aun de pensar en inglés, habían influido necesariamente en el curso y expresión de mis ideas. Pero a poco fui gustando de la sociabilidad que nos distingue; este comercio encantador, fácil y rápido de las inteligencias; esta indiferencia a la fortuna y a los nombres; esta igualdad de los espíritus, que hace la sociedad francesa incomparable, que encubre nuestros defectos y que hace que, después de algunos meses de establecerse

entre nosotros, se conozca que no se puede vivir más que en París.

Me encerré en el fondo de mi entresuelo, y me entregué al trabajo. En los ratos de descanso iba a hacer reconocimientos por diferentes puntos. En medio del palacio real se había rellenado el Circo; Camilo Desmoulins no peroraba ya a la intemperie; ya no se veían circular prostitutas a bandadas, compañeras virginales de la diosa Razón, que iban bajo la dirección de David, director de trajes y sacerdote. En los andenes se encontraban hombres que voceaban curiosidades: *sombras chinescas, vistas de óptica, gabinetes de física, fieras extrañas*; a pesar de tantas cabezas cortadas, aun quedaban ociosos. De los subterráneos del Palais-Marchand salían voces que acompañaban los organillos; tal vez habitaban allí gigantes a quienes yo buscaba, y que debían haber producido necesariamente grandes acontecimientos. Bajé y vi un baile: los espectadores se hallaban sentados y bebiendo cerveza; un jorobadillo, sobre una mesa, tocaba el violín y cantaba un himno a Bonaparte, que terminaba con estos versos:

Par ses vertus, par ses attraitis,
Il méritait d'être leur père!

Después del ritornelo le daban un sueldo. Tal es el fondo de esta sociedad humana que dirigió Alejandro y dirigió Napoleón.

La plaza de las Victorias y de Vendôme lloraban las efigies ausentes del gran rey; la comunidad de los capuchinos estaba saqueada. En los Franciscanos busqué en vano la nave gótica donde había visto a Marat y Dantón en su buena época. Sobre el muelle de los Teatinos, la iglesia de estos religiosos se había convertido en café y sala de danzantes de cuerda. A la entrada había un cartel que representaba volatineros, y se leía por debajo, en letras muy gordas: *Espectáculo gratis.* Yo me mezclé a la multitud en este antro pérfido: aun no me había sentado, cuando entraron los criados con la servilleta en la mano, gritando como rabiosos: «¡Consumid, señores, consumid!» No me lo hice repetir dos veces; me evadí suavemente, en medio de los silbidos de la asamblea: yo no tenía para *consumir*.

La Revolución se ha dividido en tres partes, que no tienen nada de común entre sí; la República, el Imperio y la Res-

tauración: estos tres mundos diferentes, tan completamente acabados, parecen separados por siglos. Cada uno de ellos ha tenido un principio fijo: el principio de la República era la igualdad; el del Imperio la fuerza; el de la Restauración la libertad. La época republicana es la más original y la que ha quedado más profundamente grabada, porque ha sido única en la historia: jamás se ha visto, jamás se verá el orden físico producido por el desorden moral, la unidad saliendo del gobierno de la multitud, el patíbulo substituyendo a la ley, y obedecido en nombre de la humanidad.

En 1801 asistí a la segunda transformación social. La mezcla era extravagante; por un disfraz convenido, una multitud se convertía en personajes no siendo nada; todos llevaban su nombre de guerra, pendientes de sus cuellos, como los venecianos llevan en Carnaval una mascarilla en la mano para demostrar que van enmascarados. El uno era reputado italiano o español; el otro prusiano u holandés; yo era suizo. La madre pasaba por tía de su hijo, el padre por tío de su hija, y el propietario se convertía en administrador. Este movimiento me recordaba, en un sentido opuesto, el movimiento de 1789, cuando los monjes y los frailes salieron de sus conventos, y la antigua sociedad fué invadida por la nueva; ésta, después de haber reemplazado a aquélla, era a su vez reemplazada.

A pesar de esto, el mundo ordenado comenzaba a renacer; se abandonaban los cafés y la calle para retirarse a casa; se congregaba la familia; se arreglaba su herencia reuniendo los restos, como después de una batalla se toca a llamada y se hace el recuento de la gente que se ha perdido. Los templos que habían quedado se abrían; yo tuve la dicha de tocar la trompeta a la puerta de uno. Se distinguían las viejas generaciones republicanas que se retiraban de las generaciones republicanas que avanzaban. Junto a los generales de la requisición, pobres, de lenguaje rudo, de severo continente, y que de todas sus campañas sólo habían sacado heridas y vestidos agujereados, pasaban los oficiales relumbrantes de oro del ejército consular. El emigrado que había vuelto, hablaba tranquilamente con los asesinos de alguno de sus parientes. Todos los porteros, partidarios acérrimos del difunto Robespierre, echaban de menos los espectáculos de la plaza de Luis XV, donde se cortaba la cabeza a

mujeres que (según me decía mi propio conserje de la calle de Lille) tenían el cuello blanco como carne de pollo. Los septembristas habían cambiado de cuartel, y se habían hecho vendedores de manzanas cocidas, pero se veían a cada momento obligados a abandonar sus puestos, porque el pueblo, que los reconocía, se los destrozaba, y los quería matar. Los revolucionarios ricos comenzaban a colocarse en las grandes casas vendidas del barrio de Saint-Germain, dispuestos a hacerse barones o condes. Bonaparte, colocando a los Brutos y a los Escévolas en su policía, se preparaba a cubrirlos de cintajos, a ensuciarlos con títulos, obligarles a traicionar sus opiniones, a deshonrarlos con sus crímenes.

Revisado en diciembre de 1846.

París, 1837.

AÑO DE MI VIDA 1801.—«EL MERCURIO».—
«LA ATALA».—LA SEÑORA DE BEAUMONT.
— SU SOCIEDAD.

Sin dejar de ocuparme en cercenar, aumentar o modificar los originales de *El Genio del Cristianismo*, la necesidad me obligó a entregarme a otros trabajos. El señor de Fontanes redactaba por entonces *El Mercurio de Francia*, y me propuso escribir en aquel periódico. Estas luchas no dejaban de tener sus peligros; no se podía llegar hasta la política, sino por medio de la literatura, y la policía de Bonaparte entendía con media palabra. Una circunstancia singular, que me impedía dormir, prolongaba mis horas de trabajo dejándome más tiempo. Había yo comprado dos tórtolas que se arrullaban sin cesar; en vano las cerraba por la noche dentro de mi maleta de viaje, pues no por eso dejaban de hacerlo. En uno de los momentos de insomnio, que estos animales me producían, se me ocurrió insertar en *El Mercurio* una carta a madama de Staël. Este capricho me hizo salir repentinamente de la obscuridad; lo que no habían conseguido mis dos abultados volúmenes *Sobre las revoluciones*, lo consiguieron unas cuantas páginas de un periódico.

Este primer resultado parecía anunciar el que le iba a seguir. Me ocupaba en revisar las pruebas de *La Atala* (episodio introducido, así como *René* en *El Genio del Cristianismo*), cuando noté que me faltaban los originales. Temí que me hu-

biesen robado mi novela, temor harto infundado, porque nadie creería que yo valiese la pena que me robaran. Pero, de cualquier modo que sea, me decidí a publicar *La Atala* aparte, anunciando mi resolución en una carta dirigida al *Diario de los Debates* y a *El Publicista*.

Antes de enviar los originales al editor, se los enseñé al señor de Fontanes: había leído ya éste algunos fragmentos en Londres. Cuando hubo llegado al discurso del P. Aubry, junto al lecho de muerte de Atala, me dijo con un tono brusco y lleno de acritud: «¡Esto no está bien; es detestable; corríjalo usted!» Quedé petrificado; yo me sentía incapaz de hacerlo mejor. Quise arrojarlo todo al fuego; pasé desde las ocho hasta las once de la noche en mi entresuelo, sentado ante la mesa, con la frente apoyada sobre el dorso de mis manos, extendidas y abiertas sobre mis manuscritos. Estaba irritado contra Fontanes; lo estaba conmigo mismo, y ni aun trataba de escribir, tan desesperado estaba de mis propias fuerzas. A eso de las doce el canto de las tórtolas llegó a mis oídos, suavizado por la distancia y más tierno aún por salir de la prisión donde las tenía encerradas; la inspiración descendió con él; tracé de corrido el discurso del misionero, sin una sola enmienda, sin interlinear una sola palabra, tal como hoy existe. Con el corazón palpitante lo llevé a Fontanes, que exclamó al leerlo: «¡Esto es; esto es; ya le dije que podía usted hacerlo mejor!»

De la publicación de *Atala* data el ruido que he hecho en el mundo; dejé de vivir para mí, y empezó mi vida pública. Después de tantos acontecimientos militares, un acontecimiento literario era un acontecimiento, y todos lo ansiaban. La singularidad de la obra la hacía aún más sorprendente al público. *Atala*, en medio de la literatura del Imperio, de esa escuela clásica, vieja rejuvenecida, cuya sola vista inspiraba fastidio, era una producción de un género desconocido. No sabían si clasificarla entre las monstruosidades o entre las bellezas; ¿era una Gorgona o una Venus? Los académicos reunidos disertaron muy doctamente sobre su sexo y naturaleza, lo mismo que sobre *El Genio del Cristianismo*. El viejo siglo la desechó, el nuevo la acogió.

Atala llegó a ser tan popular, que fue a engrosar con la *Brinvilliers* la colección de *Curtius*. Las posadas estaban adornadas de grabados verdes, azules y encar-

nados, que representaban a Chactas, al padre Aubry y a la hija de Simaghan. En los muelles se enseñaban mis personajes hechos de cera, como se enseñan las imágenes y los santos en la feria. En un teatro del bulevar vi a mi selvática heroína, adornada con plumas de gallo, que hablaba del alma de la soledad a un salvaje de su especie, con un lenguaje que me hizo sudar de vergüenza. Las parodias, las caricaturas, las burlas, llovían sobre mí. El abate Morellet, para confundirme, hizo sentar sobre sus rodillas a la criada, pero no pudo tener los pies de la joven virgen en sus manos como Chactas tenía los pies de Atala durante la tempestad. Si el Chactas de la calle de Anjou se hubiese hecho retratar de esta manera, le hubiese perdonado su crítica.

Todo esto no hacía más que aumentar el ruido de mi aparición. La cabeza se me trastornó: desconocía los goces del amor propio, y me extasié con ellos. Amaba la gloria como a una mujer, como a un primer amor. Sin embargo, perezoso como era, mi espanto igualaba a mi pasión, pareciéndome a un soldado bisoño, que avanza con temor hacia el fuego del enemigo.

Mi natural misantropía, y la duda que siempre he abrigado con respecto a mi talento, me hacían ser humilde en medio de mis triunfos. Procuraba substraerme a mi esplendor; me paseaba por sitios apartados, trabajando para apagar la aureola con que mi frente estaba coronada. Por la tarde, con el sombrero calado hasta las cejas, por temor de que me conociesen, me dirigía a un oscuro café a leer a escondidas mi elogio en algún periódico desconocido. Cuando fui a la corte, hallábame desconcertado con mis nuevos honores. Como mi superioridad comía a treinta sueldos en el país latino, procuraba substraerse a las miradas de que creía ser objeto. Me contemplaba, y decía para mí: «¿Eres tú, no obstante, criatura extraordinaria, la que comes como cualquier otro hombre?» Había en los Campos Elíseos un café, por el que tenía una especial predilección; había en él algunos ruiñones, suspendidos en sus jaulas alrededor del salón: la señora Rousseau, dueña del café, me conocía de vista, sin saber quién era. A cosa de las diez tomaba una taza de café, y buscaba a *Atala* entre los anuncios, mientras gritaban mis cinco o seis filomenas. ¡Ay! al poco tiempo vi morir a la señora Rous-

seau: nuestra sociedad de ruiñones y de la indiana, que cantaba: «Dulce costumbre de amar tan necesaria a la vida», fué muy breve.

Si el renombre no podía prolongar en mí el estúpido éxtasis de mi vanidad, ni prevenir mi razón, tenía peligros de otra índole: estos peligros aumentaron a la aparición de *El Genio del Cristianismo*, y con mi dimisión por la muerte del duque de Enghien. Entonces fueron a asediarme, juntamente con las muchachas que lloran leyendo novelas, la multitud de cristianas, y esas otras nobles entusiastas alas que una acción buena hace palpitar el corazón. Las matronas de trece y catorce años eran las más peligrosas, porque, ignorando lo que ellas quieren, o lo que ellas os quieren, llevan seducida vuestra imagen a un mundo de fábulas, de cintas y de flores. J. J. Rousseau refiere las declaraciones que recibió a la publicación de la *Nueva Eloísa* y de las conquistas que le ofrecieron: yo no sé si hubieran correspondido los hechos a las palabras; pero sé decir que estaba sepultado bajo una lluvia de billetes perfumados; si estos billetes no fueran en la actualidad de venerables abuelas, me sería muy embarazoso el contar con la debida modestia cómo se disputaban una palabra de mi mano, cómo recogían una sobre de mi letra y cómo ruborizándose lo ocultaban, bajando la cabeza, bajo ese suelto velo de una hermosa cabellera; menester es confesar que mi naturaleza ha sido buena cuando no se ha echado a perder con tanto mimo.

Sea por verdadera galantería o por curiosa debilidad, algunas veces me dejaba arrastrar hasta el punto de crearme obligado a ir a dar las gracias en persona a estas desconocidas que me enviaban sus nombres con sus adulaciones: una vez, en un piso cuarto, hallé una criatura encantadora al cuidado de su madre, en cuya casa no volví a poner los pies. Una polaca me aguardaba en salones farrados de seda; inerte de odalisca y de valkyria, se parecía a la violeta silvestre de blancas flores, o a uno de esos elegantes arbustos que reemplazan a las otras hijas de Flora cuando su estación no llegó aún, o ha pasado ya: este coro femenino, variado en años y belleza, era mi antigua sílfide realizada. Sin embargo, debo decirlo: aun cuando me hubiera sido fácil abusar de una ilusión pasajera, la idea de una felicidad conseguida por la casta senda de la religión, abrumaba mi since-

ridad: ser amado al través de *El Genio del Cristianismo*, amado por la extrema-unción, por la *Fiesta de los Muertos*. ¡Oh! ¡Jamás sería yo un infame tartufo! He conocido un médico provenzal, llamado Vigaroux, llegado a la edad en que cada placer roba un día de vida: «No tenía, según me aseguraba, remordimiento alguno por el tiempo perdido de este modo; sin pensar en devolver la felicidad que recibía, marchaba hacia la muerte de la que esperaba hacer su postrer delicia.» Yo fui, sin embargo, testigo de sus pobres lágrimas cuando murió; no pudo ocultarme su aflicción; era demasiado tarde: sus cabellos blancos no descendían lo bastante para ocultar y enjugar sus lágrimas.

¡Dios de grandeza y de misericordia! ¡Vos no nos habéis criado para sufrimientos tan efímeros y para una felicidad tan miserable! Nuestro inevitable desencanto nos advierte que nuestros destinos son más sublimes. Cualesquiera que hayan sido nuestros errores, si hemos conservado un alma austera y hemos pensado en medio de nuestras flaquezas, seremos transportados, cuando vuestra bondad nos liberte del mundo, a esa región en donde las afecciones son eternas.

Poco tardé en recibir el castigo de mi vanidad de autor, la más detestable de todas, si no fuese la más necia. Mi orgullo debía ser castigado; la corrección me llegó de parte de los hombres políticos, con quienes tuve que relacionarme: la celebridad tiene también sus responsabilidades.

El señor de Fontanes estaba en relaciones con la señora Bacciocchi: me presentó a la hermana de Bonaparte, y poco después al hermano del primer cónsul, a Luciano. Este tenía una casa de campo cerca de Senlis (le Plessis), donde me veía obligado a ir a comer: la casa había pertenecido al cardenal de Bernis. Luciano tenía en su jardín la tumba de su primera esposa, mujer medio alemana y medio española, y el recuerdo del poeta cardenal. Trabajábase en mi gloria; ya no me llamaban *La Sagne*; me nombraban *Chateaubriand*. Acercáronse algunos emigrados, entre otros los señores de Bonald y Chénédollé. Cristián de Lamignon, mi compañero de destierro en Londres, me llevó a casa de la señora Récamier: el velo se corrió súbitamente entre ella y yo.

La persona que más ocupó mi existen-

cia a mi regreso de la emigración fué la señora condesa de Beaumont. Pasaba una parte del año en la casa de campo de Passy, cerca de Villeneuve-sur-Yonne, que habitaba el señor Joubert en el verano. La señora de Beaumont, al volver a París, deseó conocerme.

Para hacer de mi vida una larga cadena de tristes recuerdos, la Providencia quiso que la primera persona que me acogiera benévolutamente al comenzar mi carrera pública fuese también la primera que desapareciese. La señora de Beaumont abre la marcha fúnebre de esas mujeres que han pasado delante de mí. Mis recuerdos más lejanos reposan sobre mis cenizas, y han continuado pasando de ataúd en ataúd: yo, como el Pandito indio, recito las oraciones de los muertos hasta que las flores de mi rosario estén marchitas.

La señora de Beaumont era hija de Armand-Marc de Saint-Hérem, conde de Montmorin, embajador de Francia en Madrid, comandante en Bretaña, miembro de la asamblea de los Notables en 1787, y encargado del ministerio de Estado en el reinado de Luis XVI, de quien era bastante apreciado; pereció en el cadalso, adonde le siguieron algunos miembros de su familia.

La señora de Beaumont, aunque más bien afeada que embellecida, es muy parecida a un retrato hecho por la señora Lebrún. Su cara era pálida y flaca; sus ojos, en forma de almendra, hubieran despedido demasiado brillo si una dulzura infinita no apagase un poco su mirada, tal como un rayo de luz se suaviza al atravesar por el agua. Su carácter era algo impaciente y se resentía de la violencia de sus sentimientos y del mal interno que padecía. Alma elevada, de gran valor, había nacido para el mundo, de donde su espíritu se alejó por la desgracia; pero cuando una voz amiga despertaba aquella inteligencia solitaria, presentábase ésta y os enviaba algunas palabras del cielo. Como estaba extremadamente débil, hablaba muy despacio; pero esta lentitud tenía su encanto indefinible; nunca conocí afligida a aquella mujer, sino en el momento de su fuga; estaba ya herida de muerte, y me consagré enteramente a sus dolores. Había yo alquilado una habitación en la calle de Saint-Honoré, en la casa de Etampes, cerca de la calle Nueva-del-Luxemburgo. La señora de Beaumont ocupaba en esta última calle una habitación, que daba sobre los jardi-

nes del ministerio de Justicia. Por las tardes me reunía en su casa con sus amigos y los míos, señor Joubert, de Fontanes, de Bonald, Molé, Pasquier, Chénédollé, hombres que han figurado en las letras y en los negocios.

El señor Joubert, original y caprichoso en extremo, será siempre echado de menos por los que le han conocido. Poseía un extraordinario ascendiente sobre el espíritu y sobre el corazón, y cuando su imagen llegaba a apoderarse de uno, se conservaba siempre como un hecho, como un pensamiento fijo, como una obsesión que no se podía desechar. Aparentaba una impasibilidad completa, y, a pesar de esto, nadie se afectaba con más violencia que él: estaba siempre sobre sí para contener estas emociones del alma, que creía perjudiciales para su salud. Con objeto de tomar fuerza creíase muchas veces obligado a cerrar los ojos y a no hablar por espacio de horas enteras. El señor Joubert cambiaba a cada momento de alimentos y de régimen, unas veces se alimentaba con leche, otras con carne picada, se hacía conducir al trote por los caminos más ásperos o llevar al paso por los paseos más llanos. Cuando leía arrancaba de sus libros las hojas que no le gustaban, teniendo de este modo una biblioteca para su uso, compuesta de obras esquiladas, encerradas en cubiertas demasiado anchas.

Profundo metafísico, su filosofía, por medio de una elaboración peculiar suya, se transformaba en pintura o en poesía. Platón enamorado de Lafontaine, formóse la idea de una perfección que no le permitía concluir nada. En uno de los manuscritos encontrados después de su muerte, dice: «Yo soy como un arpa eólica, que produce a veces sonidos hermosos, y no ejecuta ningún aire.» La señora Victorina de Chastelay, decía que parecía un alma que había encontrado casualmente un cuerpo, y que saltaba de él como mejor podía: definición tan ingeniosa como exacta.

Los enemigos del señor de Fontanes, pretendían hacer pasar a éste por un político profundo y disimulado, no siendo más que un poeta irascible, franco hasta la cólera, un alma a quien la menor contrariedad sacaba de sus casillas, y que no podía ocultar su opinión ni tomar la de otro. Los principios literarios de éste y de Joubert diferían mucho. Joubert hallaba algo bueno en todas las cosas y en todos los escritores; Fontanes, por el

contrario, tenía horror hacia ciertas doctrinas y hacia ciertos autores. Era enemigo encarnizado de los principios de la composición moderna: poner a los ojos del lector la acción material, la labor del crimen o la cuerda de la horca, le parecían una monstruosidad. El dolor, agotándose maquinalmente por los ojos, no le parecía más que una sensación del Circo o de la plaza de la Grève; no podía comprender el sentimiento trágico ennoblecido por la admiración y cambiado por el arte en una dulce compasión. Yo le citaba los vasos griegos: en las pinturas de esos vasos se ve el cuerpo de Héctor arrastrado por el carro de Aquiles, mientras una figura suspendida en el aire representa la sombra de Patroclo, consolado por la venganza del hijo de Tetis. «¡Y bien, Joubert!—exclamó Fontanes—; ¿qué piensa usted de esta metamorfosis de la musa? ¡Cómo respetaban el alma aquellos griegos!» Joubert se creyó atacado, y puso en contradicción a Fontanes consigo mismo, echándole en cara su indulgencia hacia mí.

Estos debates, bastante cómicos, eran interminables: una noche, a eso de las once y media, cuando vivía yo en la plaza de Luis XV, en el sotabanco de la casa de la señora de Coislin, subió Fontanes mis ochenta y cuatro escalones, llamando estrepitosamente a mi puerta con el extremo de su bastón, con objeto de terminar una discusión que había dejado interrumpida: hablaban de Picard, que él ponía en aquel momento a mayor altura que Molière: tengo la seguridad de que se hubiera guardado muy bien de escribir una sola palabra de cuanto decía; Fontanes hablando y Fontanes escribiendo, eran dos hombres completamente distintos.

El señor de Fontanes, debo repetirlo, fué quien me animó en mis primeros ensayos: fué quien anunció *El Genio del Cristianismo*; su musa, llena de una abnegación sublime, dirigió a la mía en el nuevo camino donde se había precipitado; él me enseñó a disimular la deformidad de los objetos por la forma de vestirlos; a poner en cuanto me era posible la lengua clásica en boca de mis personajes románticos.

Los escritos de mi amigo conducen por un camino hermoso; el espíritu experimenta un bienestar y se encuentra en una situación armoniosa en que toca, encanta y nada daña. El señor de Fontanes revisaba continuamente sus traba-